

## CAPITULO XVIII.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—La afrenta, segundo salario del desertor de la Ciudad del bien.—O Dios, ó bestia, no hay medio para el hombre — El ciudadano de la Ciudad del bien se deifica: pruebas.—El ciudadano de la Ciudad del mal se hace bestia: pruebas.—Una sola cosa distingue al hombre de las bestias; la oracion.—El ciudadano de la Ciudad del mal ya no ora —Vive del yo.—Lo que es el yo.—Pierde la inteligencia: pruebas. El castigo ercer salario del desertor en la Ciudad del bien.—Castigos particulares. Catástrofes universales: el diluvio de agua; el diluvio de sangre; el diluvio de fuego.

*La afrenta.* Convertirse voluntariamente de libre en esclavo, es una afrenta. Convertirse de hombre en bestia, lo es mayor todavía. Esta afrenta es el segundo baluarte de que el Espíritu Santo rodea la Ciudad del bien, para impedir que los hombres se salgan.

Deificarse ó hacerse bestia: hé ahí los dos polos contrarios del mundo moral. O Dios, ó bestia: tal es la suprema alternativa en que se encuentra el hombre sobre la tierra. Y la razon es, que está en la precision de vivir bajo el imperio del Rey de la Ciudad del bien, ó bajo el del Rey de la Ciudad del mal. Ahora bien, el uno y el otro de estos reyes hacen á sus súbditos á su imágen: El Espíritu Santo que es Dios, los deifica. Satanás, que es bestia, los hace bestias. Y así, la Ciudad del bien, es en cierto modo una gran fábrica de hacer dioses, y la Ciudad del mal una gran fábrica de hacer bestias. "Cada uno de nosotros, dice San

Agustin, es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Tierra serás. Si amas á Dios, serás Dios (1)."

Permaneced conmigo, dice el Espíritu Santo, y os haré hijos de Dios, os haré Dioses, Dioses por el sér divino que os comunico; Dioses por la verdad de vuestros pensamientos; Dioses por la nobleza de vuestros sentimientos; Dioses por la santidad de vuestra vida; Dioses por el poder invencible de vuestra voluntad contra el mal, armado de sofismas, promesas ó amenazas; Dioses por el derecho á la herencia eterna de Dios, vuestro Criador y vuestro Padre (2).

El Espíritu Santo ha cumplido su palabra. Ved en qué se han convertido los ángeles obedientes á su voz. Resplandecientes de gloria, inundados de delicias, dotados de todos los atributos divinos, inteligencia, fuerza y bondad, se aproximan á Dios cuanto lo finito puede aproximarse á lo infinito. Ved á la humanidad en sus verdaderos representantes, los apóstoles, los mártires, las vírgenes, esas legiones de santos y santas, divinamente engendrados desde hace diez y ocho siglos y más en todos los puntos del globo. A qué altura elevan á la humanidad cristiana sobre la pagana, y sobre la que deja de ser cristiana?

¿Qué será si contemplais esta deificacion en su complemento, quiero decir, en los esplendores de la eternidad? Aquí la palabra espirando en los lábios, no puede dar á conocer más que la admiracion de que uno está poseído. Nó, "el ojo del hombre no vió, ni oreja oyó, ni el corazon humano puede comprender lo que Dios tiene preparado á los que le aman (3)."

1. Talis enim quisque nostrum est, qualis est ejus dilectio; terram diligis, terra eris; Deum diligis: Deus eris. *Tract. 2, in Epist 1 Joan.*

2. Dedit eis potestatem filios Dei fieri. *Joan. I, 12.*—Quicumque Spiritu Dei aguntur. ii sunt filii Dei etc. *Rom. viii, 24.*

3. *I Cor. II, 9.*



A su vez, el príncipe de la Ciudad del mal trabaja encarnizadamente en la obra contraria. Cuando lleva un hombre á sí, lo agarra entre sus uñas, le ciega el entendimiento, le corrompe el corazón, lo enloquece con sus venenos y lo trasforma en bestia. Consideradlo bien: á excepcion de una cosa, la bestia hace todo lo que el hombre. La bestia come, bebe, duerme, digiere, anda, corre, vuela, nada, edifica, calcula, habla, escribe, canta, viaja, prevé, amontona, ejercita todas las artes de la paz y de la guerra. En todo esto es igual al hombre, y á veces superior. Pero hay una cosa que no hace la bestia, ni puede hacerla, ni la hará jamás, y que la coloca á una distancia infinita debajo del hombre: es la oracion. El hombre ora, la bestia no. El hombre adora, la bestia no. Es decir, en otros términos, que la diferencia entre el hombre y la bestia en una sola cosa consiste en la Religion.

Pues bien, el primer efecto de la accion satánica sobre el hombre es hacer que se avergüenze de ser religioso; y lleve en efecto, á avergonzarse. La religion tiene dos grandes manifestaciones: la oracion y el amor.

La oracion es de tal modo signo distintivo del hombre, que los paganos lo definieron animal que ora: *Animal religiosum*. Nuestro Señor ha dicho tambien que el cristiano es un hombre que ora siempre. *Oportet semper orare et nunquam desicere*. Así, desde que el hombre cesa de orar, se inclina á la bestia. Y si ya del todo no ora, se hace bestia del todo. No decimos esto nosotros; es la verdad misma expresándose por boca de San Pablo, que dijo: hombre animal, *animalis homo*.

Ahora bien, notorio es, que el primer acto del hombre que se hace ciudadano de la Ciudad del mal, es renunciar á la oracion. Un ejemplo entre mil. Si hay en la vida ordi-

naria una circunstancia en que la oracion sea de ley, es la hora solemne de comer. Decimos *solemne*, porque la comida es una accion profundamente misteriosa. Al comer, el hombre toma comunión, se comunica con las criaturas y esto de la manera más íntima, toda vez que las trasforma en su propia sustancia. Pues bien, todas las criaturas están viciadas por el Espíritu del mal, á quien sirven de vehículos para introducirse en el hombre y comunicarse sus venenos. Esta asimilacion de los alimentos, separada de la oracion que los purifica arrojando al demonio, está evidentemente llena de peligros. Así lo ha comprendido la humanidad entera.

En esto se funda el hecho, que no admite otra explicacion, de que todos los pueblos, aun los paganos, hanorado antes de comer. Siendo el hecho universal, debe de tener una causa universal. Una causa universal es una ley. Luego el orar antes de la comida es una ley de la humanidad. El desprecio orgulloso y la sonrisa imbécil no importan nada. Siempre resultará, que no se conocen en la naturaleza más que dos clases de seres que comen sin orar, las bestias y los que se les asemejan.

Decimos *los que se les asemejan*, porque se puede desafiarse no solamente á los menospreciados del *Benedicite*, sino á todos los naturalistas del mundo, á que encuentren una diferencia entre el hombre que come sin orar y un perro ó un cerdo (1). ¡Asemejarse á las bestias en una circunstancia en que todos los pueblos, aun los paganos, han sen-

1. \*\*\*No deja de encontrarse esa diferencia; pero desgraciadamente no favorece al hombre irreligioso; pues los animales dan muestras de conocer y querer á sus amos, y á su modo les agradecen la comida. Y así dice el Señor por isaias (Cap. I, 3). *Conoció el bvey á su amo, y el asno el pesebre de su dueño: más Israel no me conoció y mi pueblo no entendió.*

(Nota del Traductor).



tido la necesidad de distinguirse de ellas, ved ahí lo que hacen! ¡Y porque hacen esto, se tienen por grandes hombres! Ha sido menester llegar á esta nuestra época de craso materialismo, para encontrar hombres que se creen deshonrados, si dos veces al día no se asemejan ostensiblemente al asno ó al cocodrilo: *Homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis.*

El segundo signo de la religion es el amor. Siendo el Espíritu Santo caridad, el alma en que reside la hace la caridad viviente. El signo distintivo de la caridad es el olvido de sí por Dios y por el prójimo, el olvido del cuerpo en beneficio del alma, el olvido llevado hasta el sacrificio. Pero ¿entra el hombre en la ciudad del mal? Al instante la caridad desaparece, y le sucede el egoísmo. El hombre se acuerda de sí, nada más que de sí. El lugar de ir de sí á los otros, va de los otros á sí mismo. El egoísmo no sabe más que una palabra; pero la sabe á maravilla: yo. Yo en todo; yo en todas partes; yo siempre. Detrás de mí, Dios y sus órdenes: detrás de mí los demás hombres, y sus necesidades y sus deseos; detrás de mí nada. Esto no basta: el egoísmo es el sacrificio de otros á sí mismo. Inocencia, honor, fortaleza, reposo, salud, la vida misma no son nada para él, desde que se trata de satisfacerlo.

¿Pero qué es el yo del egoísta? ¿Es su alma? De modo alguno: pues el amor del alma es la caridad. ¿Qué es pues? Es la parte inferior de su sér, es el cuerpo, y del mismo cuerpo la parte más inferior. En saliendo de la fe, todo el trabajo del hombre se refiere en último análisis, á la vida corporal. Comer y beber son sus elementos. Comenzando con ellos, y conservándose con ellos, con ellos se acaba. Tener que comer y que beber; tenerlo en el grado de su

avaricia, tenerlo en abundancia, asegurarse de que lo tendrá siempre, hé ahí la primera y última palabra del egoísmo. Lo demás no es más que un medio ó un resultado.

Ahora bien, el laboratorio de la vida animal es el vientre. Luego el vientre se refiere en último resultado la vida de todo hombre, que se hace súbdito de aquel que se llama la Bestia, la Bestia por antonomasia, la Bestia en todos sentidos. En esto se funda esta palabra tan enérgica y tan justa, que para definir á esos inmensos y miserables rebaños de Epicuro, emplea el Apóstol que los llama adoradores del Dios vientre: *Quorum Deus venter est.* Esto que es verdad del hombre y de ciertos pueblos, lo ha sido respecto de la humanidad misma la víspera del diluvio, y lo será más todavía hácia el fin del mundo.

Esta afrentosa asimilacion del hombre á las bestias se desarrolla con todas sus consecuencias. No citaremos más que una sola: la estupidez ó la pérdida de la inteligencia. La bestia es estúpida, es decir, que ni comprende ni admira. No comprende; pues comprender es, ver la idea en el hecho: *intelligere, intus legere*. . . . . Ponedle delante á un perro un triángulo; verá un objeto material, formado de tres lados; pero no tiene idea del triángulo. ¿Por qué? Porque fuera del dominio de los sentidos, nada existe para él. La bestia no admira. Para admirar, se necesita comprender. Seguro es, que un borrico se impresiona menos á la vista de una obra maravillosa, que á la de un cardo. La bestia, pues, ni comprende ni admira. Lo mismo le pasa al hombre, que se convierte en bestia.

Caido de las alturas de la fe, no entiende ya más que de la materia y de la vida material. Buscad el objeto final de sus especulaciones, de sus estudios, de sus descubrimientos, de su política y de todo ese movimiento febril que lo ar-



rastra y lo consume: ¿Qué encontráis? El cuerpo y sus apetitos. Luces, progreso, civilización; ¿cuál es el sentido de todas estas palabras pomposas? Traducidas en prosa vulgar, significan: ciencia de la puchera, filosofía de la puchera, amor de la puchera, garantía y glorificación de la puchera. En otros términos, es el programa invariable, el eterno refrán de todos los hombres y de todos los pueblos convertidos en bestias por la bestia infernal. "Comamos y bebamos; que mañana moriremos.—Esta es nuestra felicidad, este nuestro destino. Pan y placeres: hé ahí todo el hombre (1).

No me aleguéis como pruebas de la inteligencia del hombre animal la habilidad con que manipula la materia. La golondrina, el gusano de seda y la abeja, la manejan más hábilmente que él. Lo repetimos, la inteligencia consiste en leer la idea en el hecho, en ver la causa en el fenómeno; y no precisamente, repárese bien, no esa causa inmediata, que se deja ver en cualquier caso á través del hecho; sino la verdadera causa, la causa primera y el objeto final. Pues todo esto no se conoce más que en la Ciudad del bien.

Al que habita en la Ciudad del príncipe de las tinieblas habladle del mundo de las causas, del mundo de Dios y de los ángeles, que es el verdadero campo de la inteligencia: todas estas realidades son para él abstracciones ó quimeras: es estúpido.

¿Qué será, si le señalais la intervencion permanente, universal, inevitable y decisiva del mundo superior? Asomará á sus labios la sonrisa del desprecio; es estúpido.

Descended de estas alturas; decidle que tiene una alma

1. Comedamus et bibamus: Cras enim moriemur. *Is.*, xxii, 13. Haec est pars nostra, et haec est sors. *Sap.* 11, 9.—"Panem et circenses," decían los paganos en los buenos tiempos de su civilización.

inmortal, criada á imágen de Dios, rescatada con la sangre de Dios, destinada á una bienaventuranza ó á una infelicidad eterna: añadidle, que como el único negocio del hombre es salvarse, el ocuparse en todos los demás, excepto ese, es lo mismo que cazar moscas ó tejer telarañas: al oír esto, ó bosteza ó duerme; es estúpido.

Tratad de desarrollar ante sus ojos las maravillas de la gracia, todos esos portentos del poder, de la sabiduría y del amor que han agotado la admiración de los mayores ingenios, en esto le hablais una lengua, de la que no entiende una palabra; es estúpido.

Sermones, libros de piedad ó de filosofía cristiana, conversaciones religiosas, fiestas solemnes, que con los misterios más augustos representan al entendimiento y al corazón los beneficios más memorables del cielo y los acontecimientos más grandes de la tierra, en una palabra, todo lo que pertenece al mundo sobrenatural lo pone de mal humor, no comprende nada de eso, no siente nada; es estúpido.

Pero habladle de dinero, comercio, vapor, electricidad, máquinas, carbon de piedra, algodón, remolacha, ganado, praderías, abonos, producción y consumo; entonces todo se vuelve ojos y orejas. Habeis tocado la cuestión vital de su filosofía, la cuestión de la puchera. El no conoce otra. "Olvidando su dignidad, dice el profeta, el hombre se ha tenido por una bestia sin inteligencia y se le ha hecho semejante (1)."

*El castigo.* Para proteger la paz y la vida de sus súbditos contra los ataques del enemigo, el Espíritu Santo circumbala su Ciudad de un tercer baluarte, más sólido que los primeros.

1. Homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. *Ps.*, xlviii, 13.



Si el hombre, quien quiera que sea, osa decir al Rey de la Ciudad del bien: no quiero obedecerte más, *non serviam*; al instante de libre que era se hace esclavo y camina al embrutecimiento. Arrastrado á todas las degradaciones intelectuales y morales, comienza á sufrir desde esta vida el infierno que le espera en la otra. Tal es, segun acabamos de verlo, la suerte que le está inevitablemente reservada al individuo. ¿Pero sucede, que la rebelion contra el Espíritu Santo se hace contagiosa, hasta el punto de que, en su conjunto, un pueblo, ó el mismo linaje humano no es más que un gran insurrecto? Entonces el crimen desbordándose por todas partes, atrae castigos excepcionales.

Toda ley lleva tras de sí una sancion. Toda ley, como impuesta al hombre que se compone de alma y cuerpo, es una espada de los filos que hiere al prevaricador en las dos partes de su sér. Tomad una ley cualquiera, divina ó eclesiástica; examinándola bien, tened por seguro que encontrareis, sin perjuicio de la sancion moral, una recompensa ó un castigo temporal, que acompaña su observancia ó su violacion.

Omitiendo los azotes particulares; estudiense los anales históricos y proféticos del mundo. En ellos se registran tres grandes catástrofes. La primera, el diluvio, ó la ruina del mundo antediluviano. ¿Cuál fué la causa de este cataclismo, en que pereció la raza humana toda entera, excepcion hecha de solas ocho personas? El que rompió con su mano omnipotente los diques del mar y abrió las cataratas del Cielo, nos la revela en dos palabras. "Mi Espíritu, dice el Señor, no permanecerá mucho tiempo en el hombre; porque el hombre se ha hecho carnal (1)."

"Esta terrible sentencia se traduce así: A pesar de todas

1. Dixitque Deus: Non permanebit Spiritus meus in homine in aeternum, quia caro est. *Gen.*, vi, 3.

mis advertencias, el hombre ha sacudido el yugo de mi espíritu, espíritu de luz y de virtud; y se ha entregado á la influencia del espíritu de tinieblas y malicia. El mundo sobrenatural, su propia alma, yo mismo, no somos ya nada para él. De su cuerpo ha hecho su Dios: se ha convertido en carne. Esa criatura culpable y degradada es indigna del beneficio de la vida; perecerá. De este modo, "un diluvio de pecados trajo el diluvio de agua, que acabó con todos (1)."

Una segunda catástrofe, no menos ruidosa que la primera, es la ruina del mundo pagano. Olvidando la terrible leccion que habia recibido, el hombre se sustrajo nuevamente á la accion del Espíritu Santo. Entregado en cuerpo y alma el Espíritu maligno, habia llegado á reconocerlo casi universalmente por su rey y por su Dios (2). Bajo mil nombres diversos lo adoraba en millones de templos de uno á otro extremo del mundo, (3) y cuantos eran los actos de adoracion, igual era el número de sacrilegios, infamias y crueldades. Como antes del diluvio, así ahora el hombre se habia hecho carne; y por esto, al soplo de los bárbaros el mundo pagano desapareció en un diluvio de sangre.

Resta la tercera catástrofe, más terrible y no menos cierta que las precedentes; y es la ruina del mundo apóstata del cristianismo por el diluvio de fuego que pondrá fin á la existencia del hombre sobre el globo. Conculcando los méritos del Calvario y los beneficios del Cenáculo, el mundo de los últimos tiempos se constituirá en plena rebelion contra el Espíritu del bien. Esclavo del Espíritu del mal, mas

1. Diluvium carnis peperit diluvium aquarum. . . . corruptela diluvii causa est. *S. Ambr.*, de Noe et Arca, c. v et ix.

2. Princeps hujus mundi. . . Deus hujus saeculi *Joan.*, xii, 31; *xvi*, 11; *II Cor.*, iv, 4.

3. Omnes dii gentium daemonia. *Ps.*, xcvi, 5



que nunca lo haya sido, se entregará con inaudito cinismo á toda suerte de iniquidades. El número de tráfugas será tal, que la Ciudad del bien quedará casi desierta, en tanto que la del mal tomará proporciones colosales. Por tercera vez, el hombre se hará carne. El Espíritu del Señor se retirará para no volver; y un diluvio abrasará la tierra, mil veces más culpable, porque será mil veces más ingrata, que la de los paganos y los gigantes (1).

La esclavitud, la afrenta, el castigo; estos son los tres baluartes, que tiene que franquear el hombre para salirse de la Ciudad del bien. Si á estos medios exteriores se añaden los auxilios y beneficios de todo género, que se prodigan á los venturosos habitantes de esta feliz Ciudad, ¿no hay derecho para creer que nadie querrá abandonarla? ¿Y la experiencia confirma esta conclusion? La historia nos lo va á decir.

1. Sicut enim erant in diebus ante diluvium.... ita erit et adventus Filii hominis. *Matth.*, xxiv, 38, 39.

## CAPITULO XIX.

### HISTORIA RELIGIOSA DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—El hombre, nacido para ser semejante á Dios y hermano del Verbo encarnado.—En la Ciudad del bien, la religion lo conduce á esta semejanza y fraternidad.—En la Ciudad del mal, la religion lo conduce á la semejanza y fraternidad de Satanás.—Paralelismo general de las dos religiones.—Tres puntos particulares de comparacion: la Biblia, el culto, el sacrificio.—La Biblia de Dios y la Biblia de Satanás: paralelismo.—El culto de Dios y el culto de Satanás.—En el culto satánico, lo mismo que en el divino, nada se ha dejado al arbitrio del hombre: testimonio importante de Porfirio.

El hombre hace su peregrinacion sobre la tierra entre dos ejércitos enemigos. Conocemos ya esos ejércitos formidables, sus reyes, sus príncipes, su organizacion, sus proyectos. Resta estudiar sus medios de accion, sus victorias y sus derrotas.

Nacidas en el cielo la Ciudad del bien y la del mal, no esperan más que la creacion del hombre, para establecerse sobre la tierra. En efecto, lo que se juega en el combate de entrambas es el hombre. Adán es criado; respira, aparece á la vista del universo con toda la magestad de su poder real. Adornado con todas las gracias de la inocencia y con todos los atributos de la fuerza, es hermoso con la hermosura del mismo Dios, cuya imágen resplandece en todo el sér del primer hombre. Para mantenerlo en su dignidad durante la vida temporal, y para elevarlo á otra más alta dignidad en la eternidad, se le da la religion. Unir el hombre al Verbo encarnado, de manera que de todos los hom-